

"Lanchas en la bahía"

Por SARA VIAL



Todo tiempo parece oportuno para leer o releer estas Lanchas en la bahía, del gran Manuel Rojas y en especial estos días, en que la vida en el mar nos ha golpeado de diferentes formas, junto a la conciencia, distinta a todas también, de vivir en un puerto.

Más de veinte reediciones van ya, sólo en el sello de la empresa editora Zig-Zag, y estas lanchas continúan balanceándose en el agua, como si estuvieran listas para el próximo ventarrón. Sesenta años han pasado como un soplo sobre la airosa cubierta de estas gasolineras y remolcadores que nos llaman a internarnos en la vida de los obreros del mar, tan vivamente descritos por el autor de Hijo de ladrón. Por algo dijo el crítico Vicente Mengod en su momento, que: "Rojas coloca en el centro de sus obras, novelas y cuentos, al hombre vivo y existente" y es esa propiedad una de las tantas que da tan neta consistencia a sus obras, entre ellas ese cuento magistral, de los más conmovedores escritos en Chile, El vaso de leche.

Premio Nacional de Literatura el año 1957, publicó por vez primera sus Lanchas en la bahía en 1932, prologada por Alone, exactamente hace sesenta años. Como en toda obra de verdad allí el

jes se yerguen con la misma pujanza o fiereza. Hasta el olor del mar parece seguir fluyendo de las páginas cuando se avanza en el relato, desde el mismo primer momento, cuando el joven protagonista llega a Valparaíso a trabajar junto a esos rudos hombres de los que aprenderá el oficio de lanchero y también ese otro oficio mayor, el de vivir.

Pensemos que nacido de padres chilenos en Argentina, el autor supo atravesar a pie la cordillera en 1912 para venirse a nuestro país. Su vida le entregó material suficiente para el clima de sus libros: fue obrero marítimo, guachimán en Valparaíso, estibador, pintor de brocha gorda, repartidor de teatro, obrero de imprenta,

academia para su pluma sin par. Se atrevió con la poesía, pero fue, ante todo y eminentemente, narrador.

Lanchas en la bahía es un retazo firme de la vida de puerto, la vida nocturna con sus callejuelas de la plaza Echaurren, especialmente aquella que "serpenteaba perezosa sobre el cerro y en la que de trecho en trecho velanse luces rojas, blancas, azules, verdes, que colgaban de lo alto de las puertas y que al brillar en la noche con apagados fulgores daban la impresión de que la calle estaba iluminada a través de un grueso vidrio pintado de rojo, de blanco, de azul, de verde".

¡Cuánto se ha escrito acerca de esos mundos o submundos del burdel! Sin

que Manuel Rojas lo acordó en la vela suya, que no es, por supuesto, vela maestra, de Hijo de ladrón, pero sin caer en estereotipos ni recursos fáciles, ni el de los sentimentalismos, ni los pornográficos, sabe arrancar la vida de ternura, donde debe nacer. Y lo hace en una atmósfera tan justa, tan chilena, tan exacta de literatura. Al fin, era poeta.

Y es que un libro no sólo tiene que estar bien escrito; tiene que respirar, tiene que traer los músculos bajo la tela de la vida, como en estos cargadores del puerto. Como Eugenio, cuando se va hacia el hombre a fuerza de chocar, como es preciso chocar, contra las cosas. Con las lanchas que chocan unas con otras en la tormenta, y al otro día prosiguen su camino por el mar afuera, entre los alegres gritos de los hombres: "¡Guachimán de la W!"

Pocas veces, en tan breves páginas, gana una visión tan honda, tan humana, tan natural de los puertos. Nos parece que ya haber puesto recién nuestro pie sobre el bamboleante quilla de este libro, donde nos despedimos, al cerrarlo, con una bocanada de mar, a bordo de una lancha cargada, que hay que vigilar el amanecer, sin rendirse al sueño.

"Cuidado,

Mucho ojo y no dormirse.